

Juan Fernández Figueroa

Hombre en el tiempo

1954. VIVIENDO



L OTRO día he tenido, por primera vez, la sensación de cómo pasa la vida y se acaba. Fuí a un café donde iba en otro tiempo. A los pocos minutos llegó entre dos jóvenes que le ayudaban a andar, un viejo de rostro y mirada triste. Me fijé en él; no le reconocí al pronto. ¡Tan *pasado* estaba! “¿Qué tiempo hace que no vengo aquí?”, pensé. No subiría de año y medio. Sentí casi un escalofrío. ¿Es posible que en esos meses un hombre deje de ser un hombre para convertirse en una sombra, una ruina...? Y lo más triste no era el camino que la muerte había hecho en él, sino su *costumbre* de vivir... Pidió el periódico, lo desdobló, se caló sus lentes de concha, comenzó a leer. Le había visto hacer esto mismo, en la misma mesa, junto a la misma ventana, días y días. Hoy, todo cobraba un nuevo aspecto; y la culpa era de la muerte que avanzaba, hacía visible su faz tétrica y ponía entre ambos el vaho de su aliento. Respiré muerte. No sé cuándo ni cómo, pero estoy seguro que este señor amable, un poco dulzón, que en su casa debe tener bastante mal carácter, vendrá poco tiempo más al café donde yo tampoco quizá vuelva..., porque la vida cambia, y los gustos, y las aficiones, y los lugares de

trabajo y diversión. Hoy le miro y pienso: "Nada somos; una pavesa, una huella de Dios en la arena, que el viento va borrando, barriendo".

Cuando me doy cuenta tengo un ligero dolor de estómago. También en mí la muerte va abriendo pequeñas brechas. Una noche, una tarde, sin sentir, habrá hecho su obra definitiva... Y entonces, ¿qué? Yo creo en Dios. Pero creer no es bastante. El Dios en que yo creo, "nuestro" Dios, no se conforma con la creencia en El. Exige más. Exige la penitencia. El pago por el pecado y el error, y la enmienda de ellos. ¿Me los tendrá en cuenta todos? ¡Ay de mí!. Yo estoy arrepentido... pero ¡enmendarme! Un trémolo de rebeldía me sube de las entrañas. No; no quiero arrepentirme. Dentro de nada estaré como este hombre, rendido, a mitad de camino, sin haber dejado tras de mí más que aburrimiento, desamparo, amor baldío y muerte. He hecho sufrir; no he gozado. ¿Qué es la vida? Dolorosa pregunta.

La pasajera rebelión se me convierte en melancolía. "Dios: te pido la paz, el dolor útil, la esperanza". Sucede a mi encrespamiento demoníaco una mansedumbre boba. El hombre es un enigma, una derrota constante. Ama pobremente; sufre; se rebela contra el dolor; el gozo positivo le está prohibido; sueña con la libertad; la posee y no sabe qué hacer con ella... ¡Saco contradicciones! Creo que vivir consiste en amar con desesperación y saber que lo que se ama no merece la pena, salvo Dios que está en el cielo y comprenderá nuestra vida y se entristecerá de ella, pensando: "¡Pobre mío! Entra: el reino de mi misericordia es para los que como tú han sufrido y no han entendido nada, pero me han acatado". Dios se me aparece como un padre adusto y también "desesperadamente" enamorado, al que nuestro amor conmueve y vence.

Miro al viejo con otros ojos. Hojea su periódico en silencio. Estoy por decirle: "Amigo, ¡ánimo!; la prueba dura poco. Sin duda, es un trago súbito. Cuando se da usted cuenta ha pasado la barrera". Me callo. El camarero viene y me saluda. Se sorprende del tiempo que he tardado en volver. Le respondo: "He cambiado de oficina. Ahora me coge más lejos". No se satisface. Insiste: "Usted siempre con sus papeles... No pasa día por usted". "No crea, no crea"...

—digo. Temo que la sonrisa se me ha quedado en los dientes, y procuro exagerarla. Me enfrasco otra vez en la lectura. Tomo la plumá, dispongo las cuartillas —las blancas cuartillas que me gusta manchar con mis pobres ideas que, sin duda, a nadie dicen nada. Cuando me doy cuenta estoy escribiendo. ¿Para qué? ¿Para quién? Quizá es lo de menos. Vivo, me entristezco, recito mi papel... Tengo la seguridad de que Dios existe, y ahora mismo, mientras sopesa el destino de este viejo que lee apaciblemente, rutinariamente su periódico —el “ABC”, página 17; lo veo— me mira y sonrío y no dice nada; como siempre, no dice nada, pero me “advierte” con un estremecimiento de ternura.

1955. MUERTE ESPAÑOLA

La lluvia había estado acechando el momento. Cuando el entierro se puso en marcha comenzó a caer.

He visto bastantes estampas parecidas. Creía tener yo en esta ocasión un ánimo sereno. Luego he visto que el suceso me ha dejado honda huella. ¿Por qué?.

Voy a preguntarme “por qué” dos o tres veces a lo largo de este artículo. Intentaré rememorar las escenas tal como las he visto y vivido. Porque yo era protagonista en el lance; más de lo que incluso suponía.

Habíamos llegado de fuera, de Madrid, con precipitación. Estábamos en el Sur. El viaje —tercero en una semana—, tenía poco que envidiar. Lluvia, carreteras en reparación, transbordo de tren a coche. Por Campillo, pasado Antequera, diluviaba. Y como excitante del viaje, la prisa. Ibamos a un fin de acto. Una vida se había extinguido. Pero ¿se había extinguido? Miro para mi propio interior. Esta alma que abandonaba la tierra me había sido bastante ajena, opaca, como separada de mí por años, docenas de años de estímulos y educación diferentes. Y sin embargo, era un ser al que yo llamaba “madre” —tenía derecho a llamarla así y se lo llamaba en ocasiones. Ahora que se ha ido comienza a vivir en mí; cuando ha abandonado

la vida. ¿Por qué?. Segunda interrogación. La vida no es la vida, en sentido real, según esto. ¿Será la muerte?. Pero tampoco la muerte es la muerte, pues un alma prolonga su vida en otra cuando pierde la propia, como si la injertara —es el caso—, en el momento precisamente en que se despide. Se despide, pero no se va; resulta que no se va.

La reflexión me lleva a esto: mi vida no es sólo mía, en ningún caso y en ningún sentido. Realmente, no dejamos de vivir nunca, no vivimos nunca solos nuestra vida única, que es “múltiple” y que se prolonga en el tiempo; precisamente, en ocasiones, cuando menos se espera, cuando se extingue.

Una vida que se acaba —que no se acaba— tiene mil modos de prolongarse. El primero de ellos es *acentuando* la vida de los demás. Siempre que alguien fallece las personas que le rodean viven más intensamente, pues sufren, reflexionan y se duelen de la muerte; es decir, piensan en su vida, en la que de ordinario no reparan, ahondándola así, viviéndola con doble emoción. El dolor es el gran elixir de la vida, lo que la mantiene tensa y evita su disolución.

Hoy he visto a varios hombres dolerse de su vida. Por esto estaban mudos; no sólo por respeto. Es que pensaban en su vida con cierta evidencia, pues tenían delante a la muerte, que es la gran aleccionadora del vivir (escribo en caliente; discúlpeleme el ir a saltos. Voy a ver si consigo rehacer la escena).

Como digo, llovía. Pero eso era ya en la calle, tras el coche de los caballos con penachos negros. Piafaban por cierto, como reconociendo que algo particular, “humano”, sucedía allí; se removían inquietos.

Antes había sido el descender la caja a hombros, todavía en casa, y antes el prelude de poner a esa caja, con sus flores dentro, una tapa que iba a aislar el interior, para siempre, de todos. El interior era un ser, la cera de un ser que había sido fecundo; que había ardido y se había quemado. Veo los personajes, entre los que me cuento, y la participación de cada uno en el drama. Entradas y salidas, silencio, sollozos y una interrogación muda en cada uno que no se explica aquello, tan conocido, tan repetido y tan inevitable. ¡Realmente la caja

tiene una quietud inhumana, insólita, inimitable, desde la vida! Y sin embargo, aquello, repito, aquello que es la muerte no es la muerte. El lector lo está viendo; está viviéndolo, si me doy alguna maña para transponer el papel la quietud de la caja de que hablo, que todavía tengo en los ojos como un pasmo. Ahí se me ha quedado esa visión hasta que yo cierre los míos, y ya nadie me la arrancará. La muerte se ha prolongado en vida porque yo estoy reviviendo lo que no era muerte todavía, lo que no podrá ser muerte nunca, desde el momento en que otros hemos asimilado esa transmigración de la vida, ese despertar de una vida en otra, como una chispa, una centella que se traslada de un fuego que se extingue a otro. Repitamos esa palabra: *extinción*, pues no creemos en ella.

Yo estoy viendo un cuerpo quieto, cercano a mí, entre rosas blancas y amarillas. Pues bien; no creo en esa quietud. Dios está al otro lado. Y aquí, junto a ese reposo, ese silencio punzante, tampoco nada se ha inmovilizado ni nada está mudo, aunque todos callemos. Todos ardemos por dentro. Los que les duele porque les duele, y los que no, porque recaban parte del dolor para sí o se duelen de que nos les duela. Es lo fecundo de la muerte: pone a vivir a todos —el todo de todos, alma y cuerpo— a su alrededor. Yo estoy vivo ahora como pocas veces, y pienso ¡en qué cosas pienso, Dios mío! Están a punto de saltárame las lágrimas. Otros lloran ya con calma, convulsivamente, según su apego y su afinidad en la sangre con el ser que ya no los oye. ¿Qué no los oye!. Tampoco lo creo. Este dolor vivo, de la vida muerte, levanta a un muerto.

Lo hemos alzado entre pocos. La caja era oscura y negra. Tenía unas agarraderas de plata añeja. No se oía una mosca, más que los sollozos entrecortados. Con el peso de la caja hemos bajado despacio. A la puerta había un gran gentío. Y los caballitos del plumero. De los curas apenas me he dado cuenta. Luego un rumor de pasos y la lluvia que comenzaba a caer. Fina, con intensidad. Han salido paraguas. Hemos transferido la caja a los servidores. Muchos paraguas. Me he acordado de no sé qué película en que un cortejo fúnebre avanza así, lento, patético bajo el aguacero insistente.

El cielo sobre nuestras cabezas se ha puesto negro. Agua insípida, tenaz en el rostro. Un altavoz sonaba al paso. No sé qué tocaba; algo triste. De momento ha producido inquietud y una sorpresa.

Al llegar a cierta altura nos hemos detenido. Poco más allá estaba el campo abierto. Contra un muro, bajo la lluvia, han ido desfilando los acompañantes. Una inclinación de cabeza: mirando sin mirar, tímidos, con reojos, ciegos de pudor, como si pasaran desnudos ante una lente de aumento por la que mirara ¿quién?, ¿Dios?. Y yo creo que así era: que Dios los estaba mirando, nos veía, más claramente que nunca, porque alguien había subido a su cielo y, sin dejar de vivir, nos había abandonado. Todos estábamos un poco más "claros" para Dios, incluso los más ternes, los menos condolidos, en esta mañana entoldada en que, por efecto de una muerte, el corazón se había puesto a vivir desesperadamente.

¡Qué cámara fotográfica hubiera hecho falta! ¡Qué honduras psicológicas a la vista! encima, en la superficie; no había más que mirar. La muerte, aceptada como cosa grave, seria y sencilla, nos había hecho transparentes. Hay que estar ciegos para no verlo.

Dios estaba allí. Y luego dicen los filósofos que si existe, que si no existe... Esto no es un supuesto, es una experiencia de Dios. *Estaba allí*. Que se lo pregunten a estos doscientos, trescientos hombres. Responderán a una: *sí*. Y lo saben: lo llevaban dentro; tan de verdad que les dolía. Aunque muchos no lo sepan e incluso algunos, si leen esta crónica, digan: ¡Qué absurdo! Les dará vergüenza, porque Dios da "vergüenza" hasta a los santos, pero no podrán desmentirme. Esta crónica relata lo que he visto. Unos hombres con Dios en el alma ante el espectáculo de la muerte recatada, ineludible y vivificante.

Después fuimos al cementerio, pero esto es ya escenografía; le concedo menos valor. El *prójimo* no es el que está allí en la hoya, en los nichos o en la fosa común. Es éste que se despide ahora, vivo, con la mirada lejana, dando fe de la vida que no acaba, sino que se recucece y recrudece en ellos. Luego se lo contarán a sus nietos y lo

comentarán en casa: “El día que enterramos...” En realidad no habían enterrado nada, más que un puñado de polvo ya seco, que antes de morir les había transmitido su lección, su voz... “Seguid viviendo, muriendo. Y sin miedo. Dios está al final”.

1956. AÑO NUEVO, VIDA ETERNA

No sé si me saldrá este recuerdo, ni cómo. Si lo hubiera trasladado al papel anoche, me habría salido, al menos, con pasión. Fueron unos minutos tensos, de vida “perdurable”.

Entré en la iglesia. Era el día último de año. Tenía la conciencia poco tranquila. Entré en la iglesia como por azar, porque pasé ante ella: no tenía propósito premeditado. Me confortó, en unos minutos, el calor de dentro. No había más que viejecitos, y algún joven, como yo, con la muerte en el alma —la muerte del pecado. Comprendí el valor del tiempo, y que el hombre, cuando reza, lo que quiere es perdurar, no morirse, “prolongarse” en otra vida, en la vida de después de muerto, en el más allá que es, con toda certeza, Dios...

Veo sus caras, sus temores... Un leve parpadeo, una concentración insólita. Somos pocos. ¿Quiénes somos? O viejos o pecadores, este es mi resumen. Los viejos, con la muerte próxima, van a pedir más vida, la seguridad de que su vida no acaba aquí. Los pecadores, con la muerte dentro, vamos a pedir perdón: que se nos levante la sentencia y se nos prolongue el plazo —el plazo de arrepentirnos, el plazo de revivir. ¡Morir ahora, condenado, privado de libertad moral, es decir, *muerto* a los ojos de Dios; dos veces muerto y una de ellas irremisible, inevitablemente muerto para siempre! A los que no comparten la fe religiosa cristiana les parecerá una futilidad este drama. Sin embargo, bien me comprenden mis hermanos cristianos. Un escalofrío de eternidad perdida recorre nuestra alma. ¡Privación de Dios! Como una hoja tiembla uno en el viento del tiempo. Y el tiempo es nuestra vida, la vida, toda la vida. No hay vida sin el tiempo en que somos, vivimos y nos morimos... para pervivir. El tiempo es la expresión de Dios viviendo, la mirada de Dios sobre nosotros... So-

mos *en* sus ojos, en su presencia. Si vuelve su mirada nos oculta y anonada. Desaparecemos de la única manera real en que es posible a un hombre desaparecer: siendo negado, apartado de Su vista dejado de la mano de Dios.

Impetrando solamente esto: ser en el tiempo, no morir por el pecado ni de muerte definitiva, estábamos anoche, allí en la iglesia, unos cuantos pecadores y hombres y mujeres a los que se les estaba acabando la cuerda... “¡Señor: no apartes de mí tus ojos! ¡Señor: mírame! ¡Señor: lava mis culpas y vuélveme a la vida!”

Es vida lo que se pide cuando se reza —lo comprendí de golpe— y no perdón simplemente. El perdón que se pide es *tiempo de arrepentirse*; que nuestra alma no dé un salto en el vacío. Un año más —1956— no tiene sentido pedirlo. Se reclama, se suspira, se invoca *eternidad*. Algo definitivo: el *todo* del tiempo, en todo tiempo; en tiempo de vida y en tiempo de muerte.

1956. Año Nuevo, vida *eterna*. No vida *nueva*. ¡Qué futilidad decir vida *nueva*! La vida es siempre vida y sólo vida, o nada. O se es o no se es. Y si somos, somos tiempo de Dios, estamos vivos en El, a bien con El... Dios nos mira y nos sostiene. Su mano es su mirada benigna sobre nosotros... Le soltamos —provocamos su abandono— y no caemos en la eternidad sin Dios, con un tumbo insondable, estremecedor y metafísico. Nos quedamos sin tiempo, sin vida sin ser. En esto creo que consiste la muerte.

Un viejecillo me hizo pensar en cómo esto de procurar vivir, asegurarse el segundo viaje —la vida después de muerto—, era cosa de listos, de sagacidad y astucia. Tenía una cara de zorro: el pelo hirsuto y cano, la barba rala, el mirar irónico e intenso. Andaba con pasos largos, tiesos, apoyándose en un bastón con contera de goma. Sus piernas eran torcidas, como de montar a caballo, recorrer barbechos y rastrojos. ¡Qué socarronería simple e inteligente en aquella mirada!

Y estaba allí, como nosotros, los simples sin astucias, los lerdos, los obtusos, los en pecado... Me contentó. Le observé con detenimiento. Era alentador verle allí, porque un hombre de aquella contex-

tura mental y física no se equivoca nunca. Habría sido guarda en su pueblo, pastor, gañán... ¡qué sé yo! Era un hombre de pueblo sin mácula, el pueblo vivo, creyente e insobornable en su desnudez moral.

Y ahora pedía vivir también, como todos; quizá con más razones y fuerza que todos, porque el pueblo *sabe* sin leer y quiere con *fuerza*. ¿Qué quiere, qué *sabe*? Desde luego, no complicados malabarismos filosóficos. Quiere ser, existir, simplemente. Y sabe, por intuición y razonamiento —la intuición es un razonamiento lógico, aunque súbito— donde está la fuente del ser y la sabiduría. Sabe que *hombre* hace referencia a Dios, fuente del tiempo y vida plena. La religiosidad del pueblo, por su realismo, es honda y penetra el misterio de la eternidad. Yo quiero sentir con mi pueblo y creer lo que él, para salvarme y ser el que soy sin mancha y sin merma. Quiero, íntegramente, integrarme en mi pueblo en su viaje hacia la vida eterna, porque yendo con él no me perderé y voy en buena e inteligente compañía.